

## ES HORA DE HACER REALIDAD EL IDEAL DE BOLÍVAR

OSCAR ARIAS SÁNCHEZ

Es para mí motivo de gran alegría, como siempre, estar en Caracas, esta vez con ocasión del encuentro: “Palabras para Venezuela”, compartiendo reflexiones y pensamientos con líderes de la talla, por ejemplo, de un Mikhaíl Gorbachev. Esto me obliga a expresar mi sincero agradecimiento a los organizadores de este evento, particularmente a BANESCO -en la persona de su presidente don Juan Carlos Escotet Rodríguez-, así como a todos los asistentes y, fundamentalmente, a los venezolanos que, aún inmersos en una situación muy difícil, no pierden la generosidad ni la hospitalidad y me han honrado con esta invitación.

Queridas amigas y amigos:

Un par de décadas atrás mis palabras de hoy habrían sido muy distintas. Habrían versado, con seguridad, sobre la urgencia de detener la sangría que, en aquel momento, cegaba toda posibilidad de futuro a Centroamérica y convertía a nuestros países en tierra seca para el germen de nuestros sueños. Habrían versado sobre la urgencia de salvar a los niños y jóvenes de una muerte inútil en guerras que no engendraron más que miseria, amarguras y sufrimiento.

En las conflagraciones que agobiaban a Centroamérica hace más de 20 años, fallecieron más de doscientos mil hombres, mujeres y niños que aspiraron -en vano- a portar el nombre de ciudadanos. Pocos países tolerarían la sangría que sufrimos: comparados con la población total, murieron veinte veces más centroamericanos que los jóvenes norteamericanos caídos en Vietnam. Mucho ha cambiado desde entonces. En las dos últimas décadas, Centroamérica y el resto de nuestro continente experimentaron un notable resurgimiento de la democracia que nos llenó de optimismo sobre nuestro futuro.

Hoy, sin embargo, tenemos muchas razones para preguntarnos cuán profunda y sostenible es esa democracia que tanto costó alumbrar. Tenemos elecciones periódicas pero, al mismo tiempo, 210 millones de latinoamericanos -el equivalente a la población entera de Brasil y Argentina- se hallan sumidos en la

pobreza, casi 100 millones de ellos en la miseria extrema. En estas condiciones no es fácil hallarle un significado al ejercicio del sufragio. Privada de toda posibilidad real de participación en el sistema político, esa multitud de pobres nos recuerda que los problemas fundamentales de nuestra región están todavía muy lejos de su solución.

Nos recuerda, también, que ni la globalización, ni el crecimiento económico, ni las instituciones democráticas crean certezas, sino únicamente posibilidades. Nunca encontraremos soluciones duraderas a nuestros enormes problemas si los dirigentes de nuestros países no hacen de la ética y la racionalidad algo más que una pose o un lema de campaña. Nunca encontraremos un rumbo cierto en nuestro viaje a la modernidad, si nos cegamos a la profunda brecha que separa a ricos y pobres en América Latina, un abismo que ha contribuido a hacer de nuestra historia política un ciclo interminable de violencia, populismo y autoritarismo. Como lo prefiguraba uno de los más grandes escritores de nuestras tierras, nuestra estirpe no tendrá más destino que la soledad perpetua si insiste en creer que es posible tener democracias en medio de la más ofensiva injusticia.

El entusiasmo que saludó en América Latina el ascenso al poder de regímenes popularmente electos ha ido desvaneciéndose, con pocas excepciones, de manera continua y generalizada. Las democracias latinoamericanas libran actualmente una lucha decisiva por mantenerse a flote en medio de descontrolados niveles de violencia social y apatía que las ponen al borde de la ingobernabilidad. La contradicción más aguda cada día, entre un sistema que aceleradamente crea necesidades de consumo en los individuos mientras niega a la mayoría la posibilidad de satisfacerlas, ya no se manifiesta por medio de la insurrección armada, sino mediante la delincuencia.

La disminución de la pobreza es un deber ineludible del sistema democrático. Mientras las democracias posponga la solución del problema de la pobreza, están incumpliendo su responsabilidad básica de proteger la dignidad humana. En la pobreza reside el germen de la desesperación y de la inestabilidad social que privan de legitimidad a cualquier gobierno, aún cuando éste se declare democrático.

Entender esto es crucial, pero también es crucial comprender que hacer posible la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y la libertad misma tiene un costo material que sólo puede ser satisfecho con la eficiencia económica. La eficiencia económica no es sólo la mejor asignación de los recursos para transformar la naturaleza en riqueza. Eficiente es aquel sistema económico que hace posible sustentar materialmente los valores humanos que nos son máspreciados, que hace posible, precisamente, el logro de las justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y su libertad. La eficiencia económica es meramente un medio, no un fin al que se subordinan los valores que nos dan sentido como seres humanos.

La suerte de las personas y de las naciones no puede depender, exclusivamente, de los resultados de las competencia entre intereses y egoísmos particulares. Tanto el sector productivo privado como el Estado, deben inspirarse en la búsqueda del bien común. Ambos deben propender a convertir las nuestras en sociedades desarrolladas. Pero alcanzar un grado aceptable de desarrollo presupone haber logrado:

- En el orden político, el respeto riguroso de los derechos humanos y la vigencia de las democracia sin peligros de retroceso.
- En el orden económico, la eficiencia creciente en el uso de los recursos con el fin de asegurar el desarrollo y la prosperidad compartida.
- En el orden cultural y espiritual, la libertad y el estímulo necesarios para que cada colectividad y cada individuo cultiven sus aptitudes y practiquen sus creencias, sin más limitación que el respeto debido a las diversidad ajena.
- En lo ético, la verdad y la transparencia en las relaciones entre las sociedad y sus dirigentes.
- En lo ecológico, la conciencia de que existe un compromiso con la especie humana como conjunto, incluyéndose dentro de ella a quienes aún no han nacido, cuyo disfrute del banquete de las vida podría ser impedido por nuestra incuria y nuestra voracidad.

La realización de estas metas depende, en un alto grado, de la buena práctica del gobierno. La democracia debe sustentarse en principios tales como la justa representación política, las elecciones libres, la igualdad de derechos, el respeto de la libertades individuales, la rendición de cuentas, la tolerancia y la resolución

pacífica de los conflictos. Y todavía más importante que lo anterior es que el régimen político tenga como pivotes fundamentales a los derechos humanos, que garantizan, a cada ciudadana y ciudadano la posibilidad de vivir en paz y sin temor. Sólo en una atmósfera tal pueden las personas contribuir a la construcción de su propio futuro y, al mismo tiempo, disfrutar de una justa participación en progreso social y económico. Sólo de esa manera puede, cada miembro de la sociedad, forjarse su propio destino. Sin la protección de los derechos humanos, simplemente no hay democracia. El Estado democrático se basa esencialmente, en el respeto a estos derechos.

La democracia no es un fin en sí mismo, ni tampoco consiste en la simple combinación de un conjunto predefinido de instituciones. La democracia es el medio para alcanzar un fin: garantizar, a cada miembro de la sociedad, su realización personal y la oportunidad de dar su aporte a la armonía y al bienestar social. La democracia debe ser capaz de proteger, cada vez mejor, los derechos de todas las ciudadanas y de todos los ciudadanos; no solamente sus derechos políticos, sino también su derecho a disfrutar de una vida plena y digna. Los Estados no deben tener la prerrogativa de decidir cuáles derechos protegen y cuáles no protegen. Del mismo modo que es absurdo fragmentar el concepto de libertad y definirlo sobre la base de una selección arbitraria de sus componentes, resultaría inaceptable fragmentar la noción de derechos humanos y esperar que con sólo una parte de ellos, se pueda definir el concepto de democracia.

Para que la democracia goce de legitimidad, sus instituciones tienen que brindar a todos los ciudadanos la oportunidad de participar en la toma de decisiones, así como de actuar -en forma responsable y consciente- dentro del sistema político. Por ello, es lamentable observar cómo en muchos países, incluso en aquellos en los que el restablecimiento de la democracia ha significado grandes sacrificios, la participación ciudadana en los procesos electorales es extraordinariamente baja. Y aún más lamentable es ver cómo quienes participan no siempre ejercen su derecho con plena conciencia de su responsabilidad.

El debilitamiento de esa conciencia, la creencia de que el sufragio es una forma irrelevante de participación política, que puede ser ejercido con levedad absoluta y sin pensar en las consecuencias, es el preludio de grandes e inexplicables catástrofes. Baste recordar que en las elecciones parlamentarias celebradas en

marzo de 1933 - en la patria de Beethoven, de Goethe y de Thomas Mann-, el Partido Nacional Socialista obtuvo legítimamente una aplastante mayoría. Así quedó abierto el acceso de Hitler al poder absoluto, el más corrupto de los poderes. Sí, como decía antes, la democracia es incompatible con la injusticia, es igualmente incompatible con la irresponsabilidad generalizada de los ciudadanos.

Hoy, América Latina habla, con sana preocupación, de fortalecer y profundizar nuestros sistemas democráticos que, con todas sus carencias y precariedades, siguen siendo infinitamente mejores que las satrapías del pasado. Con esperanza, y no poca trepidación, debemos creer en la posibilidad de construir un mundo nuevo. Todos hemos sido víctimas de una creencia incorrecta, pero popular, según la cual los individuos se clasifican en dos categorías: aquellos que piensan y aquellos que actúan. Pero como expresa Neruda, la realidad es mucho más compleja. El ideal y la razón, el pensamiento y la obra, son aspectos duales de un compromiso total, el “pan de cada día “ que proponemos entregar a la familia humana.

Nunca debemos perder la fe de que la democracia es el único sistema de gobierno capaz de construir un mundo nuevo, digno de ser vivido. Nunca debemos perder la fe de que la democracia es el único sistema político que nos da a todos la posibilidad de participar activamente en la construcción de ese futuro mejor.

Pero la democracia no basta. Para construir ese futuro mejor es imprescindible asumir no meramente el compromiso cívico y republicano que demanda la democracia, sino un compromiso más íntimo, más personal, más espiritual y mucho más fundamental, con la tolerancia y la solidaridad. Sólo tendremos un futuro como especie si nos mostramos capaces de comprender el punto de vista del otro, del que no piensa ni ve el mundo como nosotros, del que, por razones puramente accidentales, no habla como nosotros, no ora como nosotros, tiene un concepto de la belleza diferente al nuestro y lleva el rostro y el espíritu marcados por creencias diferentes a las nuestras.

La época moderna, con sus extraordinarios avances en la tecnología de las comunicaciones, alberga la posibilidad de activar vínculos de solidaridad y

tolerancia de una extensión apenas sospechada. Quienes trabajamos desde las poderosas tribunas de la comunicación moderna- escritores, periodistas, publicistas, ministros religiosos, actores, políticos – constatamos día a día el poder de esos medios para promover el amor y la solidaridad entre personas de diferentes culturas, religiones o idiomas. Los avances en la comunicación siempre inspiran una ola de optimismo. El mensaje inaugural de la primera línea telegráfica fija que conectó a Europa con América en 1866, enviado por la Reina Victoria de Inglaterra al Presidente Buchanan de los Estados Unidos , decía, no por casualidad, “Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz y buena voluntad a todos los hombres”.

La interdependencia que los seres humanos seguimos construyendo mediante el desarrollo de las comunicaciones y de la integración económica y cultural, constituye un signo de civilización del que debería surgir un sentimiento de solidaridad y de optimismo. Se pueden romper las distancia, podemos borrar las fronteras y reducir a pasos agigantados las barreras lingüísticas, económicas, ideológicas y culturales para acercarnos a una época dorada en la que sería posible compartir el bienestar material y el talento de los más afortunados y disfrutar, en libertad, lo diverso de las culturas.

Pero, una vez más, lo que tenemos son posibilidades y no certezas. La solidaridad y la empatía no son resultados inevitables de ninguna transformación tecnológica. A fin de cuentas, así como técnicamente es posible que nos escuchemos o nos miremos cara a cara, desde un confín a otro del planeta, ocurre también que hasta en el más apartado rincón de la tierra escuchan los gritos de horror proferidos por los que sufren la soledad impuesta por la indiferencia y el desamor. Aprovechando los mismos medios de comunicación que deberían alentar la esperanza y la fraternidad, las sociedades humanas siguen cometiendo la perversión de institucionalizar afectos que, disfrazados de amor, tienen como finalidad la degradación de la vida humana. Hay formas de nacionalismo, del misticismo, del sectarismo, de la intolerancia, del fanatismo racial, de la arrogancia lingüística o cultural que , bajo los disfraces del amor y la fraternidad, no son sino meras coartadas que incitan a la desnutrición y a la muerte. Los medios de comunicación modernos coexisten con infinitos desiertos de silencio y soledad.

En soledad, mueren cada niño bajo la metralla en las ciudades en estado de guerra, y en soledad sufre cada prisionero en los campos de concentración que siguen abiertos en el mundo.

En soledad, nuestros hermanos de África padecen la tortura de ver morir de hambre y enfermedad a sus hijos.

En soledad, los ancianos de las ciudades más ricas del mundo viven, humillados, en medio de la violencia y la miseria. En soledad, los jóvenes más prometedores del mundo se ven arrastrados hacia el infierno de la drogadicción.

Encarnan la siniestra soledad de la ignorancia los millones de niñas y niños del mundo que nunca conocerán el alfabeto.

De soledad están empedrados los duros caminos que recorren por el mundo, millones de desplazados por la guerra y la miseria. Muros de soledad rodean a los enfermos que no tienen acceso a las maravillas de la moderna ciencia médica, mientras que los frutos de su trabajo son consumidos por los gobiernos en el absurdo incremento del gasto militar.

Estas formas de soledad nos hacen preocuparnos por el futuro de nuestra especie. Debemos saberlo: ninguna transformación tecnológica hará posible el nacimiento de una fraternidad humana, si no va acompañada por una profunda transformación ética.

Rechazar la guerra y el militarismo es acaso el más importante de los imperativos de esa transformación ética. Todos nosotros somos hijos del siglo veinte y no queremos que las tragedias que nuestros pueblos han sufrido, de las que hemos sido testigos, se repitan en las próximas generaciones. Ustedes saben que el más intenso de mis empeños políticos es la lucha contra la guerra y contra los preparativos para la guerra. Creo en la causa de la paz, y rechazó la idea que algunos proponen de una paz armada. Rechazó el proverbio según el cual, si deseamos la paz, debemos prepararnos para la guerra. Porque creo en el amor

pienso que toda política debe estar encaminada hacia la búsqueda de la paz sin adjetivos y desde luego, estoy contra el aumento de los gastos militares.

Mi dedicación a esta causa proviene de la reciente y dolorosa historia de las Américas. No sabemos, a ciencia cierta, cuántos niños nicaragüenses, salvadoreños y colombianos no crecieron en medio de los juguetes, de los libros y entre maestros, sino en medio de los campos de entrenamiento y de batalla cargando sobre sus hombros y disparando armas de fuego junto con adultos que, probablemente como ellos, solo aprendieron a matar.

Sabemos que fueron muchos los niños soldados, que muchos de ellos murieron cuando aún no habían aprendido a jugar ni a leer, y que los demás vieron llegar la paz cuando ya se habían convertido en adultos sin futuro. Pero los niños latinoamericanos tampoco son los únicos que padecen los efectos de la violencia armada. Hace poco recibí la impactante noticia de que, de 1979 a 1998, sólo en los Estados Unidos, han muerto -por heridas de bala- más de 50.000 niños. Esos niños murieron en sus hogares, en sus escuelas y en sus vecindarios por accidente o por acción deliberada de sus familiares, sus condiscípulos o sus amigos. En verdad es sumamente peligroso ser niño en tierras americanas.

Mis esfuerzos por lograr que se reduzca, en todo lo posible, el gasto militar en los países en vías de desarrollo, y por inducir a los gobiernos a que destinen mayores recursos en el denominado “gasto” social, es claro que obedecen a una inclinación ética personal. Sin embargo, mis convicciones también se basan en una lección incontrovertible de nuestra historia: la importancia de la educación en el desarrollo de las naciones. En la medida en que las sociedades latinoamericanas se resisten a invertir masivamente en la educación de sus pueblos, continuarán inextricablemente sumidas en el subdesarrollo, el autoritarismo y la desintegración social.

Para consolidar la democracia se hace indispensable llevar a cabo un gran esfuerzo educativo. Por intermedio de la educación las masas anónimas pueden convertirse en ciudadanía responsable e individualizada. La educación nos permitiría descartar, de una vez por todas, la inveterada y falsa creencia latinoamericana que alguna vez señalará un gigante intelectual de esta tierra,

Arturo Uslar Pietri: la creencia de que es posible crear repúblicas sin verdaderos republicanos.

El futuro de América Latina depende, fundamentalmente, de que nuestras sociedades comprendan la urgencia de iniciar una auténtica cruzada educativa, y de que nuestros líderes reconozcan que se requieren ingentes recursos para llevarla a cabo.

No es fácil ser profeta en América Latina. Por más que hayamos avanzado mucho en la construcción de regímenes democráticos, todavía hoy no es posible, seriamente, hacer profecías sobre el destino luminoso de nuestra región sabiendo, como sabemos, que en el pasado tales predicciones fueron derrotadas, una y otra vez, por nuestra proverbial incapacidad para erradicar las conductas políticas y las estructuras sociales que nos condenan al subdesarrollo. La historia de nuestros pueblos es un cementerio de oportunidades de progreso cruelmente desperdiciadas.

No hay en las estrellas escrita una página en donde se decrete la consolidación perpetua de las libertades. No hay tampoco un edicto en donde se ordene el paso inexorable de nuestras sociedades hacia un bienestar económico que, hasta el día de hoy y por centurias, sólo ha sido un banquete para elegidos.

No hemos sido, ni hemos tenido buenos profetas. Es posible, especular, que tengamos una especie de afición por el azar, y simplemente hayamos soñado, como sueña el jugador empedernido, que al desvanecerse las cifras del siglo XX llegaron a nosotros, gratuitamente y sin que supiéramos de dónde, la democracia, la prosperidad, la justicia, la paz, la igualdad, el desarrollo, en fin, el hielo. Exactamente como llegó el hielo a Macondo, en Cien Años de Soledad. Eso no ha sido y no será así. Me temo que sólo se cumplirán aquellas profecías y darán frutos aquellas oportunidades de bienestar que alimentemos con compromiso, inteligencia, honestidad, esfuerzo, perseverancia y responsabilidad.

Los invito a que, con todos esos atributos, convoquemos a una alianza para hacer realidad el ideal de Bolívar, una alianza para la libertad y la democracia en

América Latina, una alianza para la justicia, el desarrollo y la paz. Es la hora de que quienes creemos en la libertad y en la democracia como las únicas armas para superar la injusticia, cerremos filas y nos unamos indisolublemente.

Los invito para que, juntos, como protagonistas, escribamos un nuevo capítulo de nuestra historia, unidas la imaginación y la memoria. Escuchemos a Jorge Debravo, el poeta costarricense cuya voz nos llama:

“Oídnos trabajar.  
Vamos a crear el mundo.  
Con pasos y con ojos vamos a crear el mundo.  
Con lo mejor de todas las edades  
vamos a construir el mundo.  
Asidos a esta nueva manera de mirar vamos  
a construir el mundo.  
Con los huesos de todos nuestros padres  
vamos a construir el mundo.  
Ladrillo por ladrillo,  
hombre por hombre  
vamos a crear, de nuevo, el mundo”

Muchas Gracias